

ESPA

sula, y todas las grandes reformas acometidas en España, se han hecho, con leves modificaciones, extensivas á las provincias ultramarinas.

Carácter de los españoles.— Los españoles proceden de la raza blanca ó caucásica y sus ramas céltica y gótica. Son generalmente de buena estatura y aspecto, robustos, sobrios, valientes y fuertes en la adversidad, muy adictos á su religión y á sus reyes, fieles á toda prueba, enemigos de novedades, sencillos, afables y honrados. Son de grande ingenio y predisuestos para las ciencias y artes, pero no cuentan la laboriosidad entre tan buenas cualidades. Las mujeres, aun que no muy altas, reúnen á la belleza y regularidad de sus formas cierta gracia y vivacidad que les es peculiar y que las conquistó celebridad europea.

—Hist. *Primeros pobladores.*

—Los iberos por el Oriente y Mediodía, y los celtas por el Norte, fueron los primeros pobladores de este suelo. Fundiéronse más tarde ambas razas, resultando el pueblo celtibero, bien avenido con el cultivo de tan férricos campos, pero belicoso no obstante, como lo acreditan monedas de aquel tiempo, en las que se ve al celtibero montado sobre veloz corcel y llevando lanza en ristre.

Más la feracidad del suelo, su templado clima, y las riquezas de sus minas sobre todo, atrajeron á esta Península, primero á los fenicios, pueblo navegante y

ESPA

comercial, que aportando en el litoral de la Bética fundan su principal colonia en Cádiz; más tarde llegan los griegos por las costas orientales, y establecen por colonias, los unos, rodios, á Rosas; los otros, samios; á Sagunto; y otros, en fin, focences á Denia y Ampúrias. Con las transacciones comerciales los fenicios, y los griegos con el culto de Diana y el alfabeto de Cadmo, sacaron de su aislamiento á los celtiberos y contribuyeron á dulcificar su agreste carácter, poniéndoles ya en vías de una civilización relativa.

La opulencia de los fenicios y su no siempre buena fé en los contratos, empezaron á inspirar recelos á los indígenas, y amantes de su independencia, á trueque de conservarla piden auxilio á Cartago. Colonia también de Tiro, esta ciudad populosa que se alzaba en la costa septentrional de África, lejos de negarse á combatir contra hermanos, que suyos lo eran los fenicios, tomó parte en la contienda; y Cartago, que mató á Tiro, su madre, por heredarla, se propone matar á Cádiz, su hermana, á título de protectora.

Período cartaginés.— Quienes tan desnaturalizados eran con los propios, no habían de tener sentimientos más benignos al tratar con los extraños. Así que muy pronto los cartagineses comenzaron á hostilizar, no ya sólo á los fenicios, sino también á los griegos é indígenas. Aunque no les fué difícil abordar en las cos-

ESPA

tas, no pudieron, sin embargo, los cartagineses penetrar en el interior sin chocar con la ruda resistencia que les oponía el pueblo indígena. Cartago, no obstante, conquistaba, si no vencía, por sus generales Amílcar Barca y Asdrúbal.

Terminada la primera guerra púnica entre Roma y Cartago, ésta hubo de someterse, entre otras humillantes condiciones, á la pérdida de Sicilia, isla que le servía de granero. Entonces pensó buscar otro en la no menos fértil España. Aníbal, general cartaginés, el primero de su siglo, acomete la conquista; mas le resiste Sagunto, ciudad la más heroica, que antes de someterse se reduce á sí propia á cenizas.

Aníbal había logrado su doble objeto con la destrucción de Sagunto: pudo dominar en España, donde ganó numerosos prosélitos, gracias á su buen carácter; é hizo salir á Roma del calculado silencio con que no respondió á la voz de su aliada Sagunto que le pedía socorro contra Aníbal. Entonces toca á España ser el campo donde se decida si ha de dominar al mundo Roma ó Cartago. Aníbal con su ejército, en su mayor parte de españoles escogidos, salva los Pirineos y los Alpes, penetra en Italia, obteniendo gloriosas victorias en Tessino, Trevia, Trasimeno y Cannas. Pero los romanos á su vez invaden la Península al mando de los dos Scipiones (Publio y Cneo-Cornelio), que se proponen distraer las fuer-

ESPA

zas de los hermanos del victorioso Aníbal. Éste les pide también refuerzos para su campaña en Italia, y tantas desmembraciones del ejército cartaginés le reducen á la impotencia de triunfar sobre el romano.

Muertos en España los dos Scipiones, un tercero, también Publio Cornelio, hijo del anterior, viene y toma á Cartagena, arroja á los cartagineses hasta el África y triunfa en Zama de Aníbal, que había dejado á Italia por venir en ayuda de los suyos. Aquí termina la dominación cartaginesa, que duró treinta y seis años desde las primeras invasiones de Amílcar. Los cartagineses se obligaron á no pisar el suelo español [201 años de Jesucristo]; y empieza á dominar Roma, que no consigne rendir á España sino hasta siglos más tarde, en tiempo del mismo Augusto.

Dominación romana.— Seis siglos poco más duró la dominación romana en España (201 años de Jesucristo hasta 469 después de Jesucristo). Sin embargo, hasta el tiempo de Augusto no pudieron someterla toda. Dos reflexiones asaltan naturalmente al que estudia este período: una cosa respecto á España; y por lo que hace á Roma, otra. No se comprenden como los españoles no hicieron de su unión entre sí una resistencia invencible contra Roma. Siselo Numancia gastó, por decirlo así, cuatro generales, siendo necesario que viniese el Africano para llamarse también el Nu-

ESPA

mantino, no porque la venciera, sino porque la obligó a rendirse al número, si esta ciudad por sí sola mereció por su heroica resistencia ser llamada *terror de Roma*; ¡cuánto no podrían haber aterrorizado á la dominadora del mundo todas las ciudades españolas unidas! Y sin embargo, no se unieron; continuaron en el aislamiento que siempre ha sido el fondo del carácter español. Su carácter; hé aquí la explicacion del dominio que sobre España fué adquiriendo Roma.

Esta, por otra parte, y es la otra observacion que nos asalta, debió ejercer sobre aquel país un poder menos tiránico. Si en vez de las esacciones injustas hubiera empleado una administracion justa y equitativa; si en vez de desangrarla en sus hijos y de explotarla en sus minas y feracísimo suelo se hubiera contentado con ménos, España no hubiera sido tan refractaria al poder de los romanos. Porque como Aníbal hizo con su afabilidad muchos prosélitos, como Sertorio en este período tambien los hizo, hasta el punto de darse algunos la muerte por no sobrevivir á la de Sertorio, así tambien Roma hubiera sido más simpática á España mandando pretores y cónsules ménos injustos, colonizando, sí, pero no aniquilando á España. Tampoco Roma comprendió esto, ó si lo comprendió, no lo puso en práctica, así se explica que tan largo período de tiempo se empleara en conquistar ese país, el primero á que Roma mandó

ESPA

sus ejércitos, pero el último en ser reducido á provincia romana, segun confesion de uno de sus historiadores más ilustres.

Hechas estas observaciones que hemos indicado, como indicariémos otras siempre que los hechos las sugieran, dividimos este período, en: *España resistiendo á Roma y España provincia romana.*

España resistiendo á Roma.—Desde 200 á 37 antes de Jesucristo estuvo resistiendo. La última fecha apuntada marca la ida de Augusto á someter los cántabros, vascos y gallegos, prefiriendo los últimos una muerte voluntaria á la sumision de Roma.

Las guerras de Biriato son el primer glorioso hecho en esta época de resistencia. Sergio Sulpicio Galba, pretor romano en España habia mandado asesinar injusta y cruelmente á 9,000 españoles. Entre algunos que lograron huir de la muerte, hallábase Viriato que de pastor lusitano pasó á invencible general guerrillero. Muchas y muy gloriosas victorias obtuvo, sobre todo contra Vitelio, en los ocho años que duró su campaña, y tan temible se hizo á los romanos, que apelaron al soborno para que uno de sus generales le asesinara dormido, descansando en su propia tienda.

Al nombre ilustre de Sagunto responde ahora el de otra ciudad que la escedió, si es posible, en heroismo, y al de Viriato en Lucitania el de Megara, aguerrido caudillo de Numancia. Catorce años de guerra y quince meses de

ESPA

sitio resistió esta heroica ciudad á la fuerza y traicion de los romanos. Quinto Fulvio Novillier, Quinto Pompeyo Rufo, Marco Popilio, Senate, Cayo Hostilio Mancino, fueron cuatro generales que sucesivamente fueron sitiando á Numancia, sin que ninguno de ellos pudiese gloriarse de rendirla. Por fin, Publio Emiliano Scipion, con tales fuerzas acometió á los numantinos, que no pudiendo resistirle, embriagándose con una bebida, sidra tal vez, se mataban unos á otros ó se arrojaban á las llamas de una hoguera que encendieron para que consumiera á mujeres, ancianos y niños.

Huyendo de las persecuciones de Sila vino á refugiarse en España Sertorio. Joven valiente y amable, se hizo simpático á los españoles, con los que muy pronto reunió un ejército de 8,000 hombres. Al mando de ellos se opuso á los romanos, Quinto Cecilio, Metelo y Pompeyo el Grande primero separadamente y después juntos, fueron derrotados por Sertorio, que no solo resistía á las invasiones de fuera, sino que mejoraba la condicion de España en el interior, creando un centro literario en Huesca. Igual suerte cupo á Sertorio que á Viriato. Peipenna, general suyo, le asesinó traidoramente en un festin. Así terminó Sertorio sus guerras, que duraron ocho años.

Todavía siguió España siendo teatro de sangrientas guerras. Sabido es que el primer triunvirato romano formado por César, Craso y Pom-

ESPA

peyo, se deshizo primero por la muerte de Craso y después por la de Julia, hija de César y esposa de Pompeyo, entre los cuales servia de lazo de union. Entónces la rivalidad latente entre ambos triunviro no pudo ménos de revelarse, y tuvo la España el infortunio de ser la escogida para decidirse en ella por medio de las armas quién de los dos triunviro quedaria dueño de Roma. Derrotado en Farsalia por César y muerto en Egipto Pompeyo, dos hijos de éste, Cneo y Sexto, al frente de valientes españoles, hicieron allí la guerra al vecedor de su padre. César fué á España, y tan encarnizada hubo de ser la lucha, que la victoria quedó por algun tiempo indecisa. Dicese que en la desesperacion del combate estuvo á punto de suicidarse. Sin embargo, con un supremo esfuerzo de valor arengó á su ejército, y en las llanuras de Munda se decidió á favor de César el triunfo, mandando á uno de los hijos de Pompeyo y haciendo al otro huir.

Ni áun César dejó en España los mejores recuerdos por lo que hace á la administracion; lo que prueba que todos miraron este suelo como una mina inagotable que explotaban con tránica rapacidad. Esto mismo contribuía á que los pueblos del Norte resistiesen todavia á los romanos, siendo necesario para someterlos que, muerto ya César de la trágica manera que es sabido, en el Senado romano, su sobrino

ESPA

Octavio, con el nombre de Augusto, fuese á combatir con los vascos, cántabros, astures y gallegos. Aquellos tres primeros hubieron de rendirse á la fuerza; pero los gallegos prefirieron darse muerte á otros ántes que sufrir el yugo de Augusto. En estas últimas guerras comienza ya España á ser considerada en el mundo como provincia romana.

España provincia romana.—Del año 37 antes de Jesucristo, al 409 después, comprende este período de su historia. Ya bajo la República, ya después bajo el Imperio, fué España una de las provincias que más contribuyeron material y moralmente al engrandecimiento de Roma.

Verdad es que por las excavaciones hechas los últimos años en muchas de aquellas provincias hemos podido reconocer que su suelo está sembrado por doquiera de numerosos recuerdos romanos, inestimables á veces. No solo las espaciosas y admirablemente construidas carreteras, abiertas á través de las llanuras y montañas para ponerse en comunicación con Roma; no solo puentes y acueductos tan sólidos como los de Alcántara, Mérida, Tarragona y Segovia, sino también recuerdos de otra índole dejó á su colonia la metrópoli. La hermosa habla castellana, sabido es que reconoce por madre á la lengua hablada en el Lacio; y los municipios, de la dominación romana datan. Pero, en cambio, ¿cuánto no

ESPA

dió España á la Señora del mundo!

“El primer cónsul extranjero (dice un historiador romano) fué español; el primer extranjero que recibió los honores del triunfo fué español; el primer emperador extranjero, español también, Trajano, el de la célebre columna; Adriano, el de la mole, hoy castillo de Sant-Angelo; Teodosio el Grande españoles los tres, y Marco Aurelio de origen español, son emperadores que, en la galería donde figuran Nerón y Calígula, levantan á cien codos sobre Roma la gloria de la patria que les vió nacer.

“Y los Séneca Pomponio Mela, Lucano, Juvenal y Marcial, y otros dignos representantes de la literatura latina en esta época, no pagaron con creces á Roma la lengua que ella nos daba?

“Pero como ni las letras, ni las artes, ni las leyes romanas bastaban para labrar la ventura de los pueblos; como esta civilización era solo material é hija de la conquista; como el politeísmo manchaba la sociedad con tantos vicios y crímenes cuantos eran los que se veneraban en dioses beodos como Baco, impúdicos como Vénus y vengativos como Júpiter Tonante; como la Divina Providencia quería levantar la humanidad del abismo de abyección en que, abandonada á sí misma, cayera, hé aquí que una ley de amor, el Evangelio, viene á sustituir al imperio de la fuerza; un culto en espíritu y en verdad santifica las costumbres; y unas vir-

ESPA

tudes desconocidas, la humildad y la caridad, levantan al hombre regenerado á una altura de perfección inconcebible.

También en este orden de cosas rayó España á grande altura: ella, que acogió la predicación evangélica de labios del primer apóstol mártir, de Santiago, hijo del trueno; ella, que fué la única nación visitada prodigiosamente por María, á cuyo culto erigió á caso el primer templo; España ofrece en la era de las persecuciones mártires tan gloriosos como las dos Eulalias de Mérida y Barcelona, los levitas Lorenzo y Vicente; tiernos niños como Justo y Pastor; los complutenses, y tantos otros, entre los cuales los innumerables de Zaragoza; España ofrece poetas cristianos como Prudencio; concilios nacionales como el de Illíberis, y obispos como el grande Osio de Córdoba, que presidió al de Nicea por el papa y fué llamado en su época *padre de los concilios*. Cayó el grano de mostaza del santo Evangelio en este suelo agradecido, donde echó tan hondas raíces y donde tan alto creció, que luego cubrió con su copa toda la Península Ibérica.

Sin embargo, había sonado la hora designada por la Divina Providencia para la destrucción del Imperio romano; y de los diferentes pueblos bárbaros del Norte que inundaron el Mediodía de Europa, tocaron á la Península los suevos, que fueron á fijarse en Galicia, y los visigodos, que se extendieron por

ESPA

la mayor parte de la Península.

España goda.—Cerca de tres siglos, del año 417 al 711, duró en España la dominación goda. Fué iniciada por Ataulfo, jefe de los visigodos, que obligó á los suevos á plejarse en Galicia; continuada por Wallia, que todavía conquistó á nombre y en utilidad del emperador romano, y casi pudiéramos decir terminada por Eurico, que emancipó á España de Roma, y que estendiendo sus dominios desde la Galia-Meridional hasta las costas meridionales también del Mediterráneo. Esta monarquía visigoda, es el mayor Estado de Occidente que se formó por entonces sobre las ruinas del Imperio. Sin embargo, después de la muerte de Alarico II pierden los godos en Poitiers gran parte de la Galia gótica, y aunque conservan la Septimania, sin embargo el trogogodo es trasladado al suelo español, donde ha de vivir con esplendor y fuerza, y donde ha de morir también miserablemente.

No faltaron en el período de la monarquía goda luchas intestinas é invasiones extranjeras. Los pueblos del litoral cantábrico, siempre indomables; el reino suevo, que aparece y desaparece por intervalos en Galicia; algunas colonias de griegos bizantinos que aciertan á desahucarse de las costas orientales del Mediterráneo, y por último, los francos por los Pirineos, recelosos siempre del incremento que tomaba esta monarquía, dieron tanto que ha-

ESPA

cer á los reyes godos, que, hasta Suintila, ninguno pudo llamarse con propiedad rey de toda la Península Ibérica. Así esta monarquía, que Sisenando y Chindasvinto su jetaron á sábias leyes; que Leovigildo elevó á grande esplendor; que ennobleció Recaredo, haciéndola católica; que Suintila completó, y restauró Wamba; esta monarquía se debilitó bajo Egica y Witiza, para caer desmoronada con Rodrigo.

España bajo la dominación musulmana.—A fines de Abril del 711 saltaron á la Península turbas innumerables de árabes y de moros. Cinco días de refudada batalla dieron por resultado la más completa derrota de los godos. Los invasores empezaron á despararramarse por todas las provincias, y los restos de la civilización cristiana hubieron de refugiarse á las montañas de Asturias. Allí está la cuna donde hoy se mece, niño desvalido, el que siglos adelante será gigante poderoso que estreche entre sus sus brazos á dos mundos.

No pasan muchos años, y Pelayo, saliendo de Covadonga al frente de 9,000 cristianos, triunfa de Alhakam que combate con 180,000.

Alfonso I, más tarde, estendiendo tanto sus dominios, que llega su reino á ocupar una cuarta parte de España. Desde este primer Alfonso, que ya merece el nombre de *Católico*, empieza esa gloriosa lista de Alfonsos que en la época de la reconquista, marcan los pasos que dá la España por recabar de los á-

ESPA

rabes y moros el territorio perdido.

Alfonso II, el *Custo*, traslada la corte á Oviedo, de Pravia, donde se hallaba; gana numerosas batallas á los moros; tomales Lisboa y tiene el consuelo de que en su reinado se descubra en Compostela el cuerpo del Santo Apóstol Santiago, cuyo nombre será en adelante el grito de pelea de cristianos contra moros. Ramiro I triunfa en Clavijo, digase lo que se quiera de la aparición visible del Apóstol sobre un caballo blanco. Alfonso III, el *Gran de*, lo fué más por la magnanimidad con que perdonó á su rebelde hijo García, de jándole la corona, que por las batallas sin número que ganó á moros y cristianos, que se pusieron en desacuerdo con él. Signe Ordoño II, que vence siempre que pelea, y que, trasladando su corte á Leon, echa los cimientos de su grandiosa catedral, monumento del arte gótico más puro que conserva España, la nación de las soberbias catedrales góticas.

Alfonso IV no corresponde á la gloriosa historia de sus antepasados del mismo nombre. Pero, en pos de él, Ramiro II forma á Madrid (Magerith) y sostiene contra Abderraman la batalla de Sumanca donde mueren 80,000 musulmanes.

Tantas derrotas sufridas por un pueblo conquistador como el árabe, que acometió con tan rudo empuje aquel territorio, tienen su explicación en la ayuda que Dios dispensaba á los cristianos

ESPA

y en la desunión que dividía á los árabes. Es verdad que hasta ahora no habían estado muy unidos los cristianos, porque, conocido nos es ya el carácter de aislamiento que siempre distinguió al pueblo español. Sin embargo, en tiempo de Bermudo III se unieron este rey, el de Navarra y el conde de Castilla, y bien en este reinado (998), ó bien en el de Alfonso V (1001), se dió la batalla de Calatañazor, donde Almanzor, el más valiente é ilustrado general de los árabes y terror de los cristianos, murió vergonzosamente derrotado. Con la muerte de D. Bermudo III, atravesado por la lanza de un soldado, en la batalla de Támara, termina la línea masculina de los reyes godos, y se unen las coronas de Castilla y de Leon en D. Fernando, á quien su madre Doña Mayor, esposa de Sancho III de Navarra, cedió el condado de Castilla, que á su vez había heredado del conde D. Sancho, su padre. Y como Doña Sancho, hermana de D. Bermudo, le sucediera en el reino de Leon por falta de sucesion masculina, casada Doña Sancho con D. Fernando, se unieron Castilla y Leon en este feliz matrimonio.

Virtuoso y valiente Fernando I, obtuvo varias victorias de los moros, y reformó en algo las leyes godas. Pero divididos á su muerte sus Estados entre sus cinco hijos, y no heredando Sancho II las virtudes de sus padres, volvióse contra todos los hermanos, so pretexto de

ESPA

ser el mayor, y queriendo fundar en esto su derecho á todos sus Estados.

Muerto en el sitio de Zamora por el traidor Vellido Delfos, hubo de sucederle Alfonso VI. La entereza castellana se resistió á proclamarle rey si antes no juraba, como juró en manos del Cid, en la Iglesia de Santa Gadea de Búrgos, no haber tenido parte en el asesinato de Don Sancho. Alfonso VI, ceñido por la triple corona de Galicia, de Leon y de Castilla, inmortaliza su memoria con la toma de Toledo, el más fuerte baluarte de la dominación sarracena [1085]. Por último, Alfonso VII llevó á cabo tantas y tan gloriosas victorias, que fué coronado emperador en Leon, en Toledo y en Compostela.

La reconquista, como se ve por esta árida enumeración de los reyes que la iban llevando á cabo, avanzaba, gracias á la union de los pueblos cristianos. Ya la vemos terminada, aunque después de algunos siglos de trabajosa constancia.

Los árabes por su parte se emancipan del califato de Damasco, y en la dinastía de los Omniadas, la más espléndida que se ha sentado en tronos, crean el califato de Córdoba, que rivaliza en cultura artística, literaria y material con los más florecientes Estados.

Poder, riqueza, boato por parte de los árabes; fé, perseverancia y union por parte de los cristianos, dan por resultado, al cabo de una lucha gigantesca por espacio

ESPA

de siete siglos, que la cruz triunfe de la cimitarra, ondeando el estandarte de Cristo sobre la Alhambra de Granada. Si los moros tenían un Abderraman, un Alhakem y un Hixem, los cristianos les opusieron sus Ramiros, Alfonsos y Ordoños; Almudafar se encontraba con un Fernan-Gonzalez y á un Almanzor el *Victorioso* responde en Castilla el glorioso *Cid Campeador*.

El califato de Córdoba, es verdad que á mediados del siglo X llega al más asombroso grado de esplendor. Filósofos, médicos, poetas y poetisas; el tranquilo reinado de las letras sucede bajo Alhakem II al ruido de las conquistas de Abderraman el *Magnífico*. Sin embargo, muere Almanzor, y el califato decae. Hixem, califa siempre niño, adormido por los cantos de poetisas, es creído á veces vivo, á veces muerto, y siempre nulo para el gobierno. A su muerte, la dinastía de los Beni-Omeyas desaparece, se desmorona el califato, y de sus ruinas se levantan tantos reyezuelos como wales y ciudades musulmanas.

En pos de la estincion de los Omniadas vienen los Almoravides, y á su irrupcion llenan tambien casi toda la España. El matrimonio de Urraca de Castilla con Alfonso de Aragon, parecia prometer que las dos coronas unidas hubieran acabado con los nuevos invasores. Sin embargo, pronto hubo de renunciarse á tan halagüeña esperanza. Las desavenencias entre ámbos

ESPA

esposos trascendieron á los magnates y á los pueblos; y á pesar de las numerosas batallas ganadas por este monarca aragonés, que lleva el nombre de *Batallador*, y que conquista á Zaragoza, salva las Alpujarras, franquea el Pirineo, toma á Bayona; á pesar de tantas conquistas, la grande obra se aplaza, y habrán de pasar aún siglos ántes que se lleve á cabo.

A las conquistas del *Batallador* sigue la inmortal victoria de Alfonso VIII en las Navas de Tolosa. Fué una verdadera cruzada esta empresa que el castellano, unido al de Aragon y de Navarra, llevó á glorioso término. La Europa ayudó con sus oraciones. El pontífice alentó el valor de los cristianos con las mismas indulgencias que si fueran á conquistar la *Tierra Santa*, y 200,000 moros muertos en el campo de batalla sucumbieron al empuje del ejército cristiano. El brillo de tal victoria despertó rivalidades entre Alfonso IX de Leon y el VIII. Sin embargo, se calmaron, y la mano de Doña Berenguela, hija de éste, fué entregada á aquél. Fruto de este matrimonio fué Fernando III, el *Santo*, en cuya frente volvieron á unirse las coronas de Leon y de Castilla.

Hasta Sevilla llevó triunfante el pendon de la Santa cruz este monarca; y hasta Granada hubiérale llevado si su benigno carácter no permitiese á Ben-Ahmar vivir pacífico en su ciudad de la Alhambra. Cuanto consuela el Reinado de San Fernando,

ESPA

entristece el de su hijo Alfonso X, el *Sábio*. No porque este monarca dejase de sí mal recuerdo; que si otra cosa no hubiera legado que sus obras de legislación, de filosofía y de literatura, nunca, gracias á ellas, moriría su memoria. Pero al verle en guerra con su hijo D. Sancho IV, el *Bravo*, que se la hace por querer que recaiga anticipadamente en él la corona; al saber su triste muerte en Sevilla, se compadece y lamenta tal vez al monarca, aun que se admire al *sábio*.

Bajo el reinado de Sancho el *Bravo*, tiene lugar el sitio de Tarifa por los moros, y la heroica defensa de esta plaza por Perez de Guzman, que entrega su espada á los moros para que den muerte á su hijo, si á costa de esa muerte se ha de salvar la plaza. Rasgo de heroismo, único en la historia de todos los pueblos del mundo. Tan ilustre personaje muere más adelante, bajo Fernando IV el *Emplazado*, en el sitio de Gibraltar. Así el padre y el hijo sellaron con su propia sangre su amor decidido á la patria.

Gloria es de Alfonso XI la victoria del Salado, donde murieron 200,000 moros; glorias cuyas son los sitios de Gibraltar y Algeciras. Pero desgraciadamente, con su hijo Pedro el *Cruel*, y las rivalidades de éste con D. Enrique, y con los reinados de los Juanes y los Enriques, entre los cuales sólo el III, llamado el *Doliente*, aparece como una figura simpática é interesante, llegamos á Enrique IV, el *Impotente*, cuya hija,

ESPA

llamada la *Beltraneja*, no heredó el trono por su impopularidad. Pero muerto este rey y su hermano D. Alfonso, ciñó la corona de Castilla la reina Isabel, la gran reina *Católica*.

España bajo los reyes católicos.—Con Isabel, unida en matrimonio á D. Fernando de Aragon, se unen tambien ambas coronas, y los dos dichosos monarcas dentro de breve plazo pueden llamarse con verdad reyes de toda España. De este glorioso reinado data la unidad nacional de España. Reinado todo español, es el más fecundo en hechos, en hombres y en adquisiciones sin precio para esta nacion.

Los crímenes de algunos monarcas anteriores, la debilidad é indolencia de otros, las pretensiones, despilfarros y demasías de una nobleza turbulenta, habían colocado á este país en una situación tan precaria, que Enrique III el *Doliente*, bajo Fernando IV el *Emplazado*, en el sitio de Gibraltar. Así el padre y el hijo sellaron con su propia sangre su amor decidido á la patria. Gloria es de Alfonso XI la victoria del Salado, donde murieron 200,000 moros; glorias cuyas son los sitios de Gibraltar y Algeciras. Pero desgraciadamente, con su hijo Pedro el *Cruel*, y las rivalidades de éste con D. Enrique, y con los reinados de los Juanes y los Enriques, entre los cuales sólo el III, llamado el *Doliente*, aparece como una figura simpática é interesante, llegamos á Enrique IV, el *Impotente*, cuya hija,

Admira verdaderamente

ESPA

que en una época como aquella, y despues de tanto despilfarro, los Reyes Católicos pudieran elevar la cifra de las rentas del Estado á un número que parece fabuloso. En 1477, es decir, tres años despues de coronada la Reina Católica, las rentas solo ascendian á 885,000 rs.; en 1504, poco ántes de morir esa heroica reina, se elevan á la cifra, fabulosa en aquel tiempo, de 26.283,334; esto es, treinta veces más que al principio del reinado.

Con estos poderosos elementos ya pudieron los monarcas pensar en obras dignas de eterno recuerdo. Su pensamiento constante, su aspiracion más fija fué la de espulsar por completo del territorio español á los árabes. Fernando el Santo, por un resto de condescendencia, les había dejado á Granada como último valuarte. Pues allí se dirijen Isabel y Fernando, y frente á la ciudad árabe de los sectarios de Mahoma levantan como por encanto otra ciudad, Santa Fé, campamento de los discípulos de Cristo. No es necesario combatir ni derramar sangre. El día de la conquista es un día de pacífico triunfo y de fiesta sin mezcla de llanto. Levántase el campamento, dirjese á la ciudad moralllevando al frente sus monarcas, y en vez de ser recibidos entre el fragor de las armas, una comitiva de cincuenta caballeros sale á su encuentro, y el principal de entre ellos, dirijiéndose á la reina, "Tuyos somos, le dice; toma las llaves de este paraíso que Dios te entrega."

ESPA

Era Boabdil, el último rey moro de Granada, que solo supo despedirse de su ciudad llorando como débil mujerzuela, ya que no había podido combatir como varon esforzado.

Los estandartes de la cruz tremolan en la Alhambra, reflejando esa misma cruz los rayos del sol de Andalucía.

Era llegada la hora de terminar aquella lucha de ocho siglos, verdadera epopeya cristiano-español, más admirable aún que la fabulosa *Iliada* de los griegos (1492.)

Dirjase que era pequeño este rincón occidental de España, para contener en los estrechos límites de sus montes y sus mares la gloria de tales reyes. Y hé aquí que la Providencia dispone que su ilustre nombre vaya á resonar en otro mundo hasta entonces desconocido. Cristóbal Colon le presenta en sus meditaciones sobre la tierra, le llevaba en su privilegiada cabeza de genio. Rechazado por algunas cortes de Europa, su pensamiento como delirio de un loco, es, sin embargo, acogido por la magnánima reina como la idea luminosa de un sabio, como un rayo de luz divina que Dios hace reflejar en la inteligencia del hombre.

No hay dinero para acometer la empresa, más peligrosa que la soñada de los Argonautas á la Cólquida para conquistar el vellocino de oro. Dispónese una pequeña flota que parte de Palos al mando de Colon, y en no muchos días, días por cierto de incertidumbre y de prueba, el sueño del loco es una realidad,

ESPA

un hecho que no puede desmentirse, porque vienen á la reina protectora ricos presentes de aquel mundo que solo España había tenido el valor de descubrir. Las expediciones se repiten; nuyos descubrimientos hacen llegar las naves al continente americano, y los dominios de España se ensanchan de tal modo, que en ellos, se ha dicho, *no se ponía el sol*.

Este glorioso reinado, sin embargo fué empañado, considerándose como una negra nube en medio del cielo esplendoroso de su gloria la Inquisicion, por estos monarcas pedida al romano pontífice y por ellos planteada antes de llegar á constituir la unidad nacional.

La regencia de Cisneros es el crepúsculo del reinado de Isabel, y llevando las armas á Orán, Túnes y Trípoli, sometió al dominio de España la costa berberisca de África.

El ejército hace expediciones por el Oriente de España, y en Italia, Gonzalo de Córdoba se hace acreedor á un nombre que le distingue entre todos los capitanes del mundo: el nombre de *Gran Capitan*. Fernando por su parte, conquista á Navarra, único resto de España que falta incorporar á la corona, y el reino queda redondeado de una manera asombrosa. Los Reyes Católicos solo dejan una hija, casada con un príncipe extranjero, y éste baja al sepulcro á poco tiempo de reinar: su esposa, Doña Juana la Loca, lleva en su sobrenombre la razon de no poder heredar el trono glorioso

ESPA

de España, y viene á ocuparlo su hijo Carlos V de Alemania y I de España.

España bajo la casa de Austria.—Ciento ochenta y cuatro años duró la dominacion de la dinastía austriaca en España. Entró en ella Carlos I en 1517, y fueron sucediéndose en el trono Felipe II, Felipe III, Felipe IV y Carlos II.

Al año de tomar posesion del trono de España Carlos I, heredó tambien el imperial de Alemania. Admirra verdaderamente el reinado de aquel hombre infatigable, que hizo nueve viajes á Alemania, seis á España, cuatro á Francia, siete á Italia, diez á los Países-Bajos, dos á Inglaterra y otros dos á África, y que, llevando sobre sus hombros el peso de dos mundos por casi medio siglo, siéntese ya débil, y oculta todos los esplendores de su reinado en la oscuridad de un solitario monasterio.

Las conquistas en el exterior, tanto por Europa como por América, se ensanchaban cada día. Hernan Cortés conquistaba á Méjico, y Pizarro el Perú. En las guerras contra Francia, su rey Francisco I era hecho prisionero y traído á Madrid. Carlos I supo descollar sobre los monarcas de su tiempo, Francisco I de Francia, Enrique VIII de Inglaterra, Soliman II en Turquía y el grande Leon X soberano pontífice de Roma.

Reinado es éste de ruido estrepitoso y de incansante movimiento. "Carlos, guerebrenombre la razon de no poder heredar el trono glorioso Francia, en Alemania, en Ita.

ESPA

lia, en Flandes, en Turquía, en África, y no descansó nunca. Viajero infatigable, no había para él distancias de Estado á Estado, y estaba en todas partes. El emperador español del siglo XVI se adelantó en la actividad al emperador francés del siglo XIX." Así habla con ligeras variantes en los términos, uno de los más ilustres historiadores modernos.

Vuelto Carlos á España, después de haber vencido en los campos de Villar á los comuneros de Castilla, pasó á Túnez, donde restableció en su trono al rey destronado por los Barba-rojas Horuc y Aradin, padre é hijo. Túnez fué tomada, y 20,000 cristianos recobraron sin rescate la libertad, esparciéndose por toda Europa, y publican do por todas partes la generosidad de su libertador.

Por lo demás, en aquel tiempo los descubrimientos en el Nuevo-Mundo continuaron verificándose, gracias á los viajes de insignes españoles. Francisco Fernandez de Córdoba y Juan Grijalba descubrieron en 1517 y 1518 las costas de Yucatan; y en 1519, Magallanes, portugués, pero al servicio de España, descubrió el estrecho de su nombre y las islas Marianas y Filipinas. En el mismo año 1519, Hernán Cortés conquistó á Moctezuma su poderoso imperio de Méjico; y en el año siguiente, Pizarro, Almagro y el presbítero Don Juan de Luque se hicieron también dueños del imperio del Perú, que ganaron á su Inca Atahualpa. A estas in-

ESPA

mensas conquistas siguieron las de Chile y Paraguay.

Después de la terrible lucha que sostuvo contra los protestantes y los reyes de Francia Francisco I y su hijo Enrique II, Carlos I, rendido al peso de tantas fatigas y hastiado de las grandezas humanas dividió sus inmensos Estados, dejando á su hermano Fernando la Alemania, y á Felipe II, su hijo, la corona de España é Indias, más los Países Bajos é Italia.

Felipe II (1556 1598).—Cuando este príncipe subió al trono español, ya había acreditado sus dotes escepcionales para el gobierno. Mientras permaneció su padre en Alemania, Felipe gobernó en España con tal acierto, que en nada se echó de menos á Don Carlos. Este le dejó con el trono la rivalidad contra Francia. De aquí que Felipe II y Enrique II continúen, en los mismos altercados que Carlos y Francisco I.

Habian quedado en España numerosos moriscos, convertidos sólo en apariencia á la fé cristiana. Sublevados en las Alpujarras y Serranía de Ronda, se eligieron por rey á Aben-Humeya, y llegaron á conseguir que les viniesen auxilios de África y de Turquía. El marqués de Mondéjar, el duque de Sesa y otros, fueron sucesivamente mandados á sofocar la rebelion; pero miserias y rivalidades de todos ellos hicieron infructuosos los trabajos, hasta que D. Juan de Austria, hermano natural del rey, puesto de acuerdo con el duque de Arcos, contribuyó poderosa-

ESPA

mente á que la guerra cambiase de aspecto, terminándose con la completa expulsion de los moriscos.

Otra victoria más brillante obtuvo en Lepanto Don Juan de Austria: Selim II, hijo de Soliman el Magnífico, se apoderó de la isla de Chipre, perteneciente á los venecianos, amenazando á la cristiandad caer sobre Europa. Alarmadas las potencias, uniéronse en una liga el Papa San Pio V, Felipe II y los venecianos. Se equiparon 200 navios, y al mando de Don Juan de Austria fué batida y derrotada la escuadra turca en el golfo de Lepanto; y en cuyo combate el inmortal Miguel Servantes, autor de Don Quijote de la Mancha, fué herido de un trabucazo, mereciendo por su heroismo el renombre de *Manco de Lepanto*.

Dos años más tarde se preparó otra expedicion contra Túnez; y aunque los venecianos abandonaron la liga, D. Juan de Austria, sin embargo, llegó á tomar la plaza de la Goleta y se le rindió Riserter. Pero al año siguiente, los reyes de Argel y de Trípoli acometieron á Trípoli, y recobraron la plaza, cuando sólo la guardaban 30 hombres.

En 1560 trasladó Felipe II la corte á Madrid, por la hermosura de su cielo y salubridad de su clima. En 1565 fueron ocupadas las islas Filipinas, y en los años siguientes otras en el Océano Pacífico y al Noroeste de la América Septentrional.

Solo faltaba, para redondear los dominios del gran

ESPA

Felipe II, Portugal. Mas muerto ó desaparecido en África el rey D. Sebastian, y muerto también su hijo y sucesor D. Enrique, quedó extinguida la línea masculina de la casa de Asis. Debía, por lo tanto, la corona pasar á la línea femenina; de aquí que le correspondiese á Felipe II, como hijo de la hija mayor del rey de Portugal, D. Manuel el *Afortunado*. Pero enemigos los Portugueses de la dominacion española, eligieron por su rey al prior de Ocrato. El duque de Alba fué á someter á los portugueses, que en efecto se rindieron, quedando reconocido por monarca Felipe II en los Estados generales de Tomar. El prior se retiró á Inglaterra; protegido por la reina Isabel, por Catalina de Médicis de Francia y por otros príncipes, intentó recobrar el trono; pero le fué imposible, quedando también sin resultado otras tentativas por lo mismo.

Felipe III.—Sucedió este rey á su padre, el segundo del mismo nombre, cuando ya empezaba á decaer la grandeza española de los anteriores reinados.

Puesto el gobierno en manos del duque de Lerma, y confiándole éste á su vez á D. Rodrigo Calderon, marqués de Siete-Iglesias, los desaciertos de ambos privados fueron tales, que se hizo general la miseria en toda España. Por la mala direccion hubo también que lamentar en este reinado, la destruccion de dos escuadras, debida á las tormentas, una

ESPA

contra Inglaterra y otra contra Argel.

Felipe III, despues de sérias consultas y de muchas vacilaciones, se resolvió á espulsar de España á los moriscos, cuya decision le fué fatal.

Felipe IV.—Durante el reinado de este monarca se hacen esfuerzos supremos por volver á los gloriosos tiempos de Felipe II y Carlos I. Sin embargo, tales tentativas no sirvieron más que para precipitar más á España por la pendiente de su ruina.

Confiado tambien Felipe IV en su ministro el conde duque de Olivares, tuvo éste la insensatez de declarar la guerra á casi toda Europa, lo cual le hizo perder á Portugal que se emancipó para no volver ya más á la Corona de España.

Sicilia y Nápoles intentaron tambien sacudir el yugo de la dominacion española. Sicilia cedió pronto. Mas costó reducir á Nápoles; pero lo consiguió D. Juan de Austria, trayendo preso á Segovia al duque de Guisa á quien los napolitanos habian ofrecido la presidencia de la república en que pensaron constituirse.

La decadencia, como se vé, toca ya en los limites del abismo. Pero el reinado de Carlos II, que sucede á su padre Felipe IV, concluirá de arrojar en él á su patria. Niño de cuatro años el monarca, su menor edad sólo sirvió para intrigas palaciegas. Más adelante se tuvo la imprudencia de excluir del gobier-

ESPA

no á D. Juan de Austria, cuyos antecedentes en las guerras anteriores tanto podian prometer.

Enfermo constantemente el rey, sin sucesion en su segundo matrimonio, dentro y fuera de España se trabajaba por la herencia de su corona. Se llegó en el extranjero hasta disponer la reparticion de sus Estados. Sabido esto por el rey, consultó á la Santa Sede y á los principales teólogos y juristas, en vista de cuyo dictámen otorgó su testamento á favor de Felipe de Anjou, delfin de Francia y nieto de Luis XIV.

A los diez dias de otorgar su testamento Carlos II, esto es; el 1º de Noviembre de 1700, murió, siendo proclamado el 26 del mismo, el nieto de Luis XIV con el nombre de Felipe V.

Casa de Borbon.—El 8 de Febrero de 1701 fué recibido con entusiasmo en la corte el primer Borbon. Pero creyéndose con derecho al trono que éste empezó á ocupar, el archiduque de Austria se lo disputó, dándose el nombre de Carlos III, con el que pensaba reinar. Todas las potencias, ménos Austria, reconocieron al Borbon; pero la tenacidad del Austria ocasionó á España la terrible guerra de sucesion.

Una pragmática de Luis XIV vino á hacer europea esta guerra, porque, conservando el altivo monarca francés á su nieto los derechos que pudieran caberle á la corona de Francia, Europa empezó á recelar de la preponderancia de los Borbones.

ESPA

Así que Austria, Inglaterra, Holanda y Prusia firmaron en La Haya una alianza contra Luis XIV y su nieto. Hasta Portugal y Saboya, unidos á éstos por los lazos de la sangre, les abandonan despues, entrando en la coalicion tan desastrosa para este país.

La verdad es que Felipe V se hizo muy acreedor al nombre de *Animoso*, con que se le conoce en la historia.

Al principio de la guerra de sucesion obtuvo en Italia rápidas y brillantes victorias. Ganó las batallas de Santa Victoria y Luzara, y aseguró la posesion de esta parte de sus Estados tomando á Módena, Reggio, Luza-ra y Guastala.

Difícilmente haya habido en España un rey más amante de la paz que éste. Convenido de que la necesidad suprema de sus súbditos era esta, jamas quiso complicarse en guerra alguna, aunque Francia llegó á ofrecerle Menorca, y Gibraltar Inglaterra.

Fomentó en el interior la agricultura, la industria y el comercio; creó algunos centros de instruccion; levantó los grandes edificios del Palacio nuevo y de las Salesas Reales, y celebró un concordato con el papa Benedicto XIV. La muerte de su buena esposa Doña Bárbara de Portugal le colmó de afliccion, hasta que, abatido por ella, murió tambien, siendo sepultado con su esposa en el monasterio de las Salesas, por ellos fadado. Sucedióle

ESPA

en el trono de España su hermano.

Carlos III.—Después de haber reinado veinticinco años en Nápoles, fué recibido este monarca con entusiasmo en Madrid. Activo, emprendedor y dispuesto á labrar la felicidad de sus súbditos, Carlos III se dedicó constantemente á fomentar la agricultura, el comercio y las artes. Madrid, sobre todo, encierra de él muchos y muy preciosos monumentos.

Carlos IV.—Sucedió á su padre Carlos III. Al ocupar el trono estaba ya casado con Doña Maria Luisa, de la que tuvo varios hijos, siendo el mayor D. Fernando. Hombres de gran talento habia entonces en España, si bien más ó ménos progresistas por las ideas de la "Enciclopedia." El rey y la reina depusieron á los ministros del padre y admitieron á Godoy, colmándole de títulos y condecoraciones que estuvo muy léjos de merecer. Gran parte de las desgracias de España se deben á este infausto reinado.

Figuran entre los principales acontecimientos la batalla de Trafalgar, en la que la escuadra inglesa derrotó á la española, muriendo en ella los valientes Gravina, Churrua y Alcalá Galiano.

Napoleon, puesto al frente de los destinos de Francia, bajo el pretexto de defender á Portugal de los ingleses, trajo á la Península dos ejércitos, y luego que los monarcas portugueses huyeron al Brasil, se hizo proclamar rey de Portugal por su general